

«Todo es según el color del cristal con que se mira».

Comentarios a *La vida en rojo*, de Jorge Castañeda

Juan Valdés Paz

Sociólogo y politólogo.

Al comentar esta otra biografía del Comandante Ernesto Che Guevara,¹ lo primero que debo señalar son algunos de los méritos que advierto en esta obra. Se trata de un libro excelentemente escrito, con cierto rigor y originalidad. El autor ha mostrado valentía intelectual en su intento de interpretar, más que historiar, la vida del Che y ha sido agudo al presentarnos la evolución de su extraordinaria personalidad. No es menor mérito del autor haber evitado caer, a pesar de su antifidelismo expreso y de sus posiciones críticas frente a la Revolución cubana, en lugares comunes de otros cubanólogos.

El acento interpretativo puesto por Castañeda sobre conductas y acontecimientos de la biografía del Che Guevara, impone al lector una lectura de acuerdos y desacuerdos, y de hecho focaliza todo comentario. Al respecto, debo anticipar mi acuerdo puntual con algunas de sus interpretaciones y mi desacuerdo con muchas de ellas, principalmente con las más generales,² aquellas que pretenden una caracterización de la personalidad y la trascendencia del Che.

Antes de centrar mis comentarios en algunas de estas interpretaciones, quiero hacer una breve referencia a

cuestiones de método que, en mi opinión, han limitado severamente esta biografía. Primero, a pesar de la amplitud y novedad de las fuentes utilizadas, estas han sido tratadas con cierta discriminación y tendenciosidad. El autor ha manifestado cierta proclividad a asumir como veraces las fuentes disidentes u opositoras del régimen cubano, y como sospechosas las de sus funcionarios o simpatizantes.

También es de notar la omisión de datos disponibles y la inexactitud de otros empleados por el autor, así como el no hacer explícitas todas las alternativas presentes en las situaciones que examina. Contrariamente, la confusión entre alternativas lógicas y fácticas lastra su texto de excesivas especulaciones.

Pero es el modelo de análisis empleado por Castañeda el que nos produce mayores reservas: una sobreinterpretación psicologista de la personalidad y la vida del Che, y una subinterpretación sociológica de las condiciones de su actuación. En el primer caso, cierto psicologismo vulgar —trauma infantil, vínculo materno, asma psicósomática, etc.— lo lleva a identificar la conducta del Che como el resultado de una personalidad neurótica; es decir, la de un hombre que

no resiste las tensiones de situaciones ambivalentes y conduce su vida mediante «saltos hacia adelante».

En realidad, esta tesis de la personalidad neurótica no explica mucho. De todas las grandes figuras de la historia se ha predicado una personalidad neurótica; pero, puesto que no todos los neuróticos han sido grandes hombres, queda siempre en pie explicar la diferencia.

En el segundo caso, se trata no de la sociología de los receptores de la imagen del Che, sino de las condiciones histórico-sociales que permitieron al Che revelar y desarrollar sus extraordinarias cualidades y, como a él, a tantos y tantos hombres empeñados en la transformación social. Sin un examen de las condiciones de la época y de América Latina en particular, no es posible explicar el surgimiento de una generación comprometida con la lucha de liberación nacional y anticapitalista, ni la de otras que le sucedieron.

Comentarios a algunas interpretaciones

La personalidad del Che

La personalidad del Che caracterizada por Castañeda es, básicamente, la de un radical; un voluntarista de raíces psíquicas, dotado de una ideología en desarrollo, pero siempre dominante en sus comportamientos, y orientada a la incansable prosecución de ciertas metas utópicas. Se trata de una personalidad atrapada a lo largo de su vida por la desproporción entre los medios disponibles y los fines propuestos.

Estaría de más decir, puesto que todos lo reconocen, que efectivamente el Che revela en su personalidad una extraordinaria fuerza de voluntad; que compartía una cierta ideología, y que orientó su vida en la consecución de ciertos objetivos; pero de lo que se trata es de destacar que:

- a) Esa férrea voluntad, siempre patente, fue en gran medida el resultado de su propio desarrollo personal. Como ha dicho Fernando Martínez,³ la primera gran obra del Che fue él mismo.⁴
- b) El Che es un racionalista, y sus concepciones se ubican en una cierta tradición marxista que ha visto en la práctica de los sujetos sociales la creación de condiciones para el cambio social y la constitución de nuevos sujetos. Nos referimos al marxismo de la praxis que va de un cierto Lenin a Lukacs, Gramsci, Mariátegui y otros.
- c) Los objetivos revolucionarios del Che eran principalmente de carácter estratégico.
- d) La teoría y la práctica del Che proponen una fusión irreductible entre ética y política, y estas se

manifestaron en su persona como una absoluta necesidad de coherencia.

Las relaciones del Che con la Revolución cubana

Castañeda distingue dos momentos en las relaciones del Che con la Revolución cubana: un primer momento en el cual la lucha insurreccional, el triunfo y consolidación de la revolución, y el inicio de su experiencia socialista, aparecen como el único éxito entre sus proyectos de lucha; y establecieron el marco histórico de su desarrollo como la figura excepcional que hoy reconocemos. Le sigue un segundo momento, en el cual las alianzas de la Revolución con el campo soviético y las políticas implementadas —principalmente económicas— chocaron con sus concepciones y dieron lugar a la tan traída situación de ambivalencia y al abandono por el Che de sus compromisos cubanos. Sus relaciones con Fidel Castro reflejarían este mismo proceso, cristalizado en la fórmula de «ni matrimonio ni divorcio».

Cabe decir que, para el Che, las características propias de la Revolución cubana no la hacían una excepción histórica en el conjunto de América Latina, con cuyos países compartía numerosos rasgos, particularmente las condiciones del capitalismo dependiente y el dominio imperialista de los Estados Unidos. Por otra parte, el Che fue partícipe de un proceso que fue más allá de sus propias expectativas y le permitió alcanzar una experiencia directa de construcción socialista. Este proceso no podía dejar de ser un referente permanente y una prueba del probable éxito de otras experiencias semejantes.

No hay ningún testimonio que acredite que las diferencias de opiniones entre el Che y dirigentes de la Revolución cubana, en particular Fidel, hayan dado lugar a diferencias en las posiciones políticas o a discrepancias del Che con las políticas en curso, o propuestas alternativas de su parte. Las concepciones del Che siempre estuvieron subordinadas a las decisiones de la dirección cubana y sujetas a la más estricta disciplina. La historia del discurso de Argel, narrada por Castañeda, sirve de ejemplo al respecto. Puede asegurarse que el Che nunca discrepó de las prioridades absolutas de la Revolución cubana: su seguridad y su unidad política.

Las relaciones con Fidel Castro fueron —y así lo hizo constar de manera reiterada— estrechamente fraternales, y sus ideas estuvieron más próximas que con cualquier otro dirigente cubano. Solo que, como reconoce Castañeda, correspondía a Fidel cargar con todas las consecuencias de la razón de Estado.

El desenlace del Congo y Bolivia

Los fracasos del Che en el Congo y Bolivia —que para Castañeda fueron el resultado tanto de proyectos inviábiles como de su impronta personal— adquieren otro significado en la perspectiva estratégica de su pensamiento: crear las condiciones de un movimiento revolucionario y debilitar el sistema de dominación imperialista en cualquiera de sus frentes. Las olas revolucionarias de los 70 y los 80 en América Latina, así como el desenlace de la lucha de liberación nacional en África, le habrían dado, en parte, la razón al Che, visto en el largo plazo.

Por otra parte, las campañas del Che en el Congo y Bolivia, si bien aparecen como de su propia iniciativa y responsabilidad, fueron apoyadas política y materialmente por la dirección cubana, y en todo caso coincidían con la proyección internacional de la Revolución en ese período. Jorge Serguera ha interpretado la campaña del Congo como parte de una estrategia africana, que tenía como uno de sus objetivos una defensa indirecta de Cuba.⁵

La interpretación por Castañeda del desenlace de la guerrilla del Che en Bolivia y de que no se haya producido por parte del gobierno cubano una operación de rescate, si bien parece más sofisticada que otras, no deja de ser una especulación sin fundamento sobre un tema que es técnico-militar antes que político. Desde ese punto de vista, no era posible una operación en el terreno, cosa reiterada por Fidel Castro y Manuel Piñeiro al tratar el tema, pero también por Gary Prado y los agentes norteamericanos allí situados. Toda divagación sobre las intenciones de la dirección cubana que no se atenga al conjunto de los hechos es, cuando menos, una fatuidad intelectual; pero afirmar que Fidel Castro propició el fatal destino de la guerrilla, dejándola correr su propia suerte, es un acto de difamación política con ropaje académico.⁶

La época del Che

Para Castañeda, el Che es estrictamente un hombre de su época, a la que personifica más que nadie. Esta capacidad de simbolizar su tiempo, se la explica con su tesis de la «consonancia»: el Che forma parte de una generación que demandaba, en diferentes contextos, cambios en todas las dimensiones de la vida; y que creía que era posible realizar tales cambios en el breve lapso de su juventud. Como esto no fue así, el Che, como otras figuras históricas de esos años, pasaría a constituir un mito y un fetiche.

Según Castañeda, el Che real sería un hombre derrotado, pero su imagen, más que su vida,

proporcionaría el mito crístico posterior. Este último punto supone —siguiéndolo en su irreverencia— que el Cristo herido y crucificado sería la verdadera historia de un perdedor, pero la profusión de sus estampitas habría asegurado su trascendencia. El ejemplo de sus vidas y sobre todo sus mensajes, no tendrían mucho que ver con su vigencia, considerando que eran hombres de una época superada.

Pero es la interpretación de su época, los años 60-70, la que adolece de esquematismo. Las notas sociológicas aportadas son, como dijimos, las de sus receptores en los países centrales y no las de los actores que en estos años dieron lugar a la Revolución cubana, a las guerras de liberación nacional, al surgimiento de nuevos Estados independientes, a la emergencia del Tercer mundo como una fuerza internacional, a la derrota de los Estados Unidos en Indochina, al auge del movimiento popular y revolucionario, a las primeras reformas del campo socialista, etc. Pueden estos haber sido logros más limitados que los propuestos, y algunos haberse perdido total o parcialmente; pero la historia de nuestros días corre por el cauce de aquellas insurgencias y de las conquistas de aquellos años, a las que el Che contribuyó tan denodadamente.

La herencia del Che

La vida en rojo... forma parte del discurso de Castañeda iniciado con *La utopía desarmada*⁷ y de su reiterado énfasis en el fracaso de las opciones revolucionarias sobre el cambio de época y acerca de sus propuestas de políticas de centro-izquierda como las únicas viables en los países de la región. La biografía del Che sería una prueba *ad hoc* de estas tesis y la evidencia de que su ambiguo legado ha sido el fracaso de su utopía y la persistencia de un mito tan duradero como fútil.

Precisamente, habría que decir que la vigencia del Che estriba, en gran medida, en que en nuestras sociedades de América suele ser necesario hacer la revolución para que se realicen reformas; es decir, para que el orden realmente existente sea reformado. De aquí que las premisas de movilizar a las masas mediante la lucha, suplantarse el poder de los sectores dominantes y afrontar la hegemonía norteamericana, parezcan seguir siendo condiciones de un programa mínimo de transformación en América Latina.

Pero el legado mayor del Che está en sus ideas. Creo que Castañeda ha despachado con demasiada premura, y quizás con cierto desdén, las ideas del Che sobre un orden no capitalista, sobre la transición al socialismo, sobre el desarrollo del Tercer mundo, etc.

Pasar por alto sus ideas es negarse a entender las motivaciones más profundas de su vida. Estas ideas estuvieron basadas en una experiencia de amplitud e intensidad poco común entre los hombres, así como desarrolladas mediante un sostenido esfuerzo intelectual de ejemplar disciplina. Estas cualidades no les aseguran la veracidad, pero las dotan de una mayor importancia y proyección que las concedidas por el biógrafo.

Particular importancia tiene en mi opinión —y aún más para los cubanos— su crítica del socialismo real desde posiciones de poder, así como de los peligros que lo amenazaban en el mediano y largo plazo. Sus ideas pueden no ser respuestas definitivas a las contradicciones que dieron al traste con las experiencias del socialismo europeo, pero dejan sentado que se hace necesario recrear una concepción de las metas, vías y condiciones de la transición al socialismo.

Quizás el momento más infeliz del texto de Castañeda es aquel en que responsabiliza al Che por los combatientes que murieron compartiendo sus ideas. Dejando a un lado su implícito argumento de que los pensadores son responsables de sus influencias —culpa bajo la cual caerían desde Cristo hasta Mandela— sorprende la arrogancia con que el autor juzga y condena a un hombre que dio su vida por sus ideas y siempre dio el primer paso para realizarlas.

Conclusiones

Creo que con *La vida en rojo*, Castañeda nos ha dejado un libro importante y polémico. Seguramente, será en adelante un referente imprescindible en el debate sobre la vida y el pensamiento del Che. Sin embargo, se trata de una biografía más tendenciosa que lo aparente. Los propósitos del autor de ser ecuánime y objetivo dan al traste con su escasa simpatía por el personaje, tal como lo interpreta: cada cualidad reconocida es opacada por un defecto simétrico; cada acto heroico estuvo al servicio de una meta equivocada; cada una de sus ideas fue rebasada por la marcha de los acontecimientos, etc. Las interpretaciones de Castañeda conducen inexorablemente a la conclusión final de su libro: «el Che es hoy un icono cultural».

La insistencia de Castañeda en que la vida, la obra o el ideario del Che no tienen más vigencia que cierto imaginario popular; y que su paso por este mundo es apenas una huella en la cultura de nuestra época, me

parece sintomática: el Che es un icono y Castañeda un iconoclasta. Sin embargo, pareciera que este fin de siglo de euforia capitalista terminará colmado de sus fantasmas, y que entre ellos estará la luminosa sombra del Che, cuya vida fue un ejemplo de compromiso, cuya obra sobrevive en la Revolución cubana y cuya convocatoria a la lucha por una sociedad más justa y hombres más solidarios aún resuena.

A mi parecer, la vida del Che expuesta por Castañeda tiene el color de los lentes del autor. El nos dice que el Che es una figura de su tiempo, pero es su libro el que tiene las señas de estos tiempos de claudicaciones. Si Castañeda ha logrado decirnos mucho de lo que la vida hizo con el Che, apenas nos ha hecho entender lo que el Che hizo por la historia.

Notas

1. Jorge Castañeda, *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*, Espasa, Buenos Aires, 1997.
2. Las que suelen ser, no versiones derivadas de los hechos conocidos, sino interpretaciones aplicadas a ellos.
3. Fernando Martínez Heredia, «Pensador marxista de la praxis», *América Latina*, n. 12, Buenos Aires, 1997.
4. El carácter radical que el autor le señala al Che desde su juventud también fue el resultado de una evolución personal desde posiciones éticas a políticas, estructuradas ambas por sus diversas experiencias como, por ejemplo, la temprana visión, en sus diversos viajes, de la miseria y el atraso, los movimientos de masas del caudillismo peronista o de la insurgencia popular boliviana, la intervención del imperialismo en Guatemala, etc.
5. Jorge Serguera, *Caminos del Che. Notas inéditas de su vida*, Plaza y Valdés, México D.F., 1997.
6. El argumento final del autor tan solo prueba su antifidelismo visceral: «Pensar que Fidel Castro no era capaz de un cálculo de tal frialdad y cinismo es desconocer los métodos que le han asegurado su permanencia en el poder casi cuarenta años; significa pasar por alto su comportamiento frente a disyuntivas análogas, si bien no preñadas de la misma carga emocional o mítica que la del Che Guevara.» Jorge Castañeda, ob. cit., p. 463.
7. Jorge Castañeda, *La utopía desarmada*, Ariel, Barcelona, 1997.